V Domingo de Pascua, Ciclo C

Botellita de vino

"Dijo Jesús: Os doy un mandamiento nuevo: Que os améis unos a otros cómo yo os he amado. Es la señal por la que conocerán que sois mis discípulos". San Juan, cap. l3.

A una vieja botella de vino le cantan Los Visconti, con amable cadencia de balada. El abuelo la puso en la alforja del nieto que se iba de viaje, "para endulzar el camino".

Del mismo modo que el Señor nos regaló su amor, para la sed del viaje, mientras peregrinamos hacia el Reino.

Después vino Jesús y convirtió el amor en Mandamiento. Nuevo por la forma cómo El nos amó: Hasta la muerte. Nuevo por su amplitud: Alcanza a los mismos enemigos. Nuevo por su motivación: Todos somos hermanos, hijos del Padre Bueno de los Cielos. Porque, de ahí en adelante, sería la marca de fábrica de sus discípulos.

Hablamos con excesiva frecuencia del amor. Deseamos amar. Afirmamos que amando se curan los dolores.

Sin embargo, pretendemos cosechar amor sin habernos educado para amar.

El amor se aprende en la familia. Sobre el amor que dan papá y mamá, puede el Señor edificar la Caridad cristiana, con todas sus aventuras y heroísmos.

Los padres nos educan para el amor cuando nos dan seguridad. Cuando confían en nosotros y nos aprecian. Entonces dejamos de ser agresivos e inseguros.

Los padres nos educan para el amor cuando nos aman y nos lo manifiestan.

Si son nuestros amigos, aprendemos esa ciencia y ese arte estupendo que se llama amistad.

Los padres nos educan para el amor cuando comparten con nosotros las cosas, los éxitos y los conflictos.

Ese amor de familia no se encuentra en ningún otro lugar del mundo. No lo hallaremos en los libros, ni en los papeles sociales que desempeñamos en la vida. Ni menos aun aparece cómo por encanto después del matrimonio.

Con ese amor de papá y mamá, quiso Dios explicar en la Biblia sus relaciones con el hombre.

Amor que tiene el aroma y el misterio indefinible del pan cocido en casa. Es el anteproyecto de la fe y la preparación remota para cada uno de los Sacramentos.

El Evangelio nos habla de amor en cada página. Pero lo imaginamos desencarnado, incoloro y etéreo, casi cómo una definición metafísica.

Si releemos la historia de Jesús, toparemos con el Dios-Amor que se hizo carne. Fue un hijo aceptado y esperado por María y José. Creció en Nazaret entre el cariño de sus padres y familiares. Aprendió a hacerse amigos, a la orilla del lago, en Betania, junto al pozo de Sicar y en el camino que conduce a Emaús.

Supo compartir su doctrina, sus milagros, el amor del Padre Celestial, el pan y el pescado, el banquete que le ofrece Simón, el vino exquisito de Caná, su Cuerpo y Sangre en la cena final, la víspera de su muerte.

Con ese amor, tan humano y tan divino a la vez, en nuestra alforja, como un vino añejo, es dulce y fácil caminar por la tierra.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.